

Para entender estos y muchos otros rasgos distintivos de Canadá, es necesario examinar someramente su historia.²

De la Nueva Francia al Canadá unido

Aunque navegantes de diversas nacionalidades habían reconocido con anterioridad el litoral del actual Canadá (algunos tan tempranamente como el noruego Leif Eriksson, quien alrededor del año 1000 d.C. llegó a las costas de Terranova), el francés Jean Cartier fue el primero que avanzó tierra adentro (1534-1535), remontó el río San Lorenzo hasta lo que hoy es la ciudad de Montreal y proclamó formalmente la soberanía francesa sobre la Nueva Francia. Mucho después, en 1608, otro francés, Samuel de Champlain, fundaría la ciudad de Quebec, momento que marca el inicio de una efectiva colonización gala del territorio canadiense, motivada sobre todo por el activo comercio de pieles con los indígenas. Hasta ese momento el mayor interés de Francia (y otros países europeos) residía en las productivas pesquerías establecidas alrededor de Terranova.

Casi de inmediato los establecimientos franceses comenzaron a verse amenazados por Inglaterra. Al abrigo de la bandera holandesa, el inglés Henry Hudson exploró en 1609 la región del río que lleva su nombre, en cuya desembocadura se fundó Nueva Amsterdam, que al pasar a manos inglesas (en 1664) se rebautizó como Nueva York. En 1610 y 1611 el propio Hudson exploró, ahora por cuenta de su natal Inglaterra, la ártica bahía que también lleva su nombre.

Los primeros asentamientos franceses en el valle del San Lorenzo y en la costa atlántica (Acadia) fueron hostilizados por los ingleses desde 1613; en 1629 capturaron la ciudad de Quebec (que devolvieron en 1632 al hacerse la paz).

El próspero comercio de pieles con los indígenas atrajo cada vez más aventureros franceses que por los Grandes Lagos se lanzaron sobre el Mississippi, llegaron hasta el golfo de México y se apropiaron de la Luisiana, donde fundaron Nueva Orleans.

Así, los territorios franceses constituían un obstáculo para la expansión de las colonias inglesas en la costa atlántica hacia el oeste y para la comunicación de éstas con los territorios nórdicos que en 1670 comenzó a explorar y explotar la londinense Compañía de la Bahía de Hudson. Los conflictos, de los que Francia resultó perdedora, se hicieron inevitables. En 1713, con la paz de Utrecht, este país tuvo que ceder a los ingleses la Acadia (hoy Nueva Brunswick), Terranova y sus posesiones en la costa este de la Bahía de Hudson.

2. Información más amplia de la historia canadiense se presenta en Craig Brown (ed.), *Histoire générale du Canada*, Du Boréal, Montreal, 1990; Donald Creighton, *Dominion of the North*, Macmillan, Toronto, 1972; D.G.G. Kerr (ed.), *A Historical Atlas of Canada*, Thomas Nelson and Sons, Don Mills, Ontario, 1966.

Los ingleses quedaron en posesión de las costas atlánticas y nórdicas de América del Norte y los franceses mantuvieron el control de la helada costa de Labrador, el golfo de San Lorenzo y tierras adyacentes, los Grandes Lagos y los ríos Ohio y Mississippi, hasta llegar al golfo de México (Luisiana). En la Florida, y al oeste de la Luisiana, los españoles reclamaban y ejercían su soberanía en tierras muy poco pobladas.

En 1754 el virginiano George Washington atacó las guarniciones francesas del valle de Ohio. Este ataque fue uno de los orígenes de la sangrienta guerra de los siete años, librada tanto en Europa como en el actual Canadá, donde los ingleses tomaron la ciudad de Quebec en 1759 y Montreal en 1760. Por el Tratado de París (1763), Francia perdió todas sus posesiones en América del Norte,³ aunque conservó sus derechos de pesca en las costas de Terranova, así como las dos pequeñas islas de Saint-Pierre y Miquelon.

Si bien los galos supieron explorar el interior del territorio, beneficiarse del comercio de pieles (en el cual sufrían la activa competencia, más al norte y al oeste, de la Compañía de la Bahía de Hudson) y enseñorearse de lo que actualmente es Canadá, lo cierto es que su colonización del continente era mucho más débil que la inglesa. En 1763 las colonias británicas del Atlántico albergaban a millón y medio de habitantes, mientras que la Nueva Francia sólo tenía unos 65 000 pobladores. En la antigua Acadia, de un máximo de 19 300, quedaban alrededor de 9 500 colonos de origen francés (el resto fue expulsado violentamente en 1755) frente a los 9 000 ingleses que ya poblaban la colonia.

Una proclamación real del mismo año de 1763 organizó los territorios recién adquiridos por Inglaterra en la región más septentrional de América. Con límites aproximadamente iguales a los de la extinta Nueva Francia, se creó la nueva colonia británica de Quebec, se anexaron nuevos territorios a las ya existentes Terranova y Nueva Escocia (de la cual se desprenderían la Isla Príncipe Eduardo en 1769 y Nueva Brunswick en 1784) y se declararon territorios indios todos los situados al norte y al oeste de los enunciados (excepto los ya concedidos a la Compañía de la Bahía de Hudson). En 1767, la Isla Saint John (después Isla Príncipe Eduardo), hasta ese momento perteneciente a Nueva Escocia, se dividió entre unos pocos propietarios que pidieron y obtuvieron (1769) un gobierno separado. En 1774 el Acta de Quebec puso bajo jurisdicción de esta colonia la península de Labrador y las islas del golfo de San Lorenzo (hasta entonces gobernadas por Terranova) y le dio importantes territorios indios hacia el sur, que constituirían el núcleo del actual Ontario.

Al estallar en 1775 la guerra de independencia de Estados Unidos, los revolucionarios exhortaron a las colonias más norteafricanas a plegarse a su causa. Como éstas se mantuvieron leales a la corona, los independentistas invadieron Quebec e intentaron

3. Cedida a España en 1762, Francia recuperó más tarde la Luisiana, que Napoleón vendió posteriormente a Estados Unidos.

infructuosamente tomar la ciudad del mismo nombre. Los Tratados de Versalles (1783) pusieron fin a la guerra de independencia y establecieron los límites entre los flamantes Estados Unidos y las colonias y posesiones de la América del Norte británica, pero no eliminaron el temor de éstas ante las declaradas intenciones anexionistas de sus vecinos sureños.

La guerra provocó que muchos “leales” (a la corona) huyeran de las trece colonias independientes para establecerse en las colonias británicas del norte. Así, por primera vez la población de habla inglesa en la América del Norte británica superó en número a la de habla francesa, que luchaba por mantener su identidad ante sus conquistadores. Para limar asperezas, el Reino Unido expidió el Acta Constitucional de 1791 que dividió la colonia de Quebec para crear el Alto Canadá (que luego sería Ontario) y el Bajo Canadá (que luego retomaría su tradicional nombre de Quebec), al tiempo que concedió a cada parte cierto grado de autonomía y una asamblea representativa.

En 1812, el Reino Unido y Estados Unidos se enfrascaron en otra guerra. El último intentó conquistar al menos la península occidental del Alto Canadá (donde hoy se ubican Toronto, Hamilton, Windsor y otros importantes centros urbano-industriales). Para esos tiempos, Estados Unidos tenía ya siete y medio millones de habitantes y no cesaba su búsqueda de nuevas tierras para colonizar, mientras que la América del Norte británica apenas alcanzaba el medio millón de pobladores. En 1814 el Tratado de Gante puso fin a la guerra y restableció en lo general las fronteras anteriores; luego, la Convención de 1818 dispuso que al oeste la frontera correría a lo largo del paralelo 49 hasta las Montañas Rocosas. En 1846, ante la amenaza de otra guerra con Estados Unidos, se acordó extender esta línea hasta la costa del Pacífico, dejando la isla Vancouver —parte de la cual se sitúa al sur del paralelo 49— en manos británicas.

En el siglo XIX fueron perdiendo importancia relativa el comercio de pieles del interior y la pesca en el litoral de Terranova, pues creció la exportación de madera y granos y nacieron industrias como la maderera, la naviera y la molinera. La población de la América del Norte británica aumentaba con rapidez, pero no todo era prosperidad y contento.

En los años treinta surgieron en el Alto y el Bajo Canadá movimientos reformistas que reclamaban un gobierno electo e independiente (o por lo menos autónomo) del Reino Unido, junto con una distribución social más justa de la riqueza. A fines de 1837 estallaron rebeliones “patrióticas” en Toronto y Montreal, apoyadas desde Estados Unidos. Si bien fueron sofocadas con rapidez, dejaron hondas huellas de descontento social y el renovado temor a una intervención estadounidense. En 1838 Londres envió al conde Durham, conocido por sus ideas liberales, a estudiar la situación y proponer soluciones.

En su famoso Informe de 1839, lord Durham propuso básicamente: a) unir el Alto y el Bajo Canadá, con la intención de

asimilar y orientar al anglicanismo a la población de habla francesa, y b) introducir el principio británico de gobierno responsable, con un gabinete que contara con la confianza y la aprobación de la respectiva legislatura. Lo primero se hizo casi de inmediato: en 1841 el Parlamento Imperial aprobó el Acta de Unión, que establecía un solo gobierno para ambos territorios y daba igual representación en la asamblea a la parte este, de habla francesa todavía mayoritaria, y a la oeste, de habla inglesa y temporalmente minoritaria. Cuando en 1851 la población de esta última (952 000 habitantes) superó a la del este (890 000) las cosas se revirtieron: ahora los anglohablantes exigían la reforma de un sistema que los subrepresentaba.

La segunda propuesta de Durham demoró algo más. Las colonias del centro y del este del actual Canadá tenían ya una legislatura o asamblea selectiva: Nueva Escocia (1758), la Isla Príncipe Eduardo (1773), Nueva Brunswick (1784), Alto y Bajo Canadá (1791), Terranova (1832). El gobierno responsable se introdujo en 1848 en Nueva Escocia, Nueva Brunswick y Canadá (unido); en 1851 en la Isla Príncipe Eduardo y en 1855 en Terranova. La provincia Columbia Británica, situada en la costa del Pacífico, lo tuvo desde su creación en 1866.

La confederación de 1867 y la independencia⁴

Las provincias tenían culturas, tradiciones y orientaciones económicas radicalmente distintas, con poca o ninguna comunicación. A mediados del siglo XIX la América del Norte británica carecía de unidad política y económica y de conciencia e identidad nacionales. Ello se debía no sólo a las sempiternas fricciones entre anglo y francohablantes, sino también a que cada colonia cultivaba relaciones especiales y directas con el Reino Unido, mientras algunas sostenían fuertes vinculaciones e intercambios con el poderoso vecino del sur.

Por otro lado, Estados Unidos estaba poblando activamente sus territorios del oeste, mientras que la ulterior expansión canadiense hacia su propio occidente se veía dificultada por las concesiones y derechos de que gozaba la Compañía de la Bahía de Hudson. Era necesario organizar y comunicar a las provincias británicas en un extenso eje este-oeste porque se corría el riesgo de que éstas se integrasen en un eje norte-sur a Estados Unidos, con el cual se firmó un tratado de reciprocidad (o libre comercio) en 1854.

La siguiente cita de un opositor a la unión de las provincias ilustra de manera ejemplar dicho riesgo y muestra cómo en esa época la palabra Canadá aludía sólo a la porción central del país: “Véase la posición geográfica de este continente y considérese lo que

4. Como se explica en el texto, no hay una fecha en que Canadá haya alcanzado su independencia del Reino Unido. Para conmemorar la firma del Acta de la América del Norte Británica, el 1 de julio de cada año se celebra el *Día de Canadá*, antes llamado *Día del Dominio*.

parece el arreglo más natural. Tenemos 30 millones de personas directamente enfrente de nosotros [en Estados Unidos], que por donde se mire nos resultan más convenientes que Canadá; son del mismo origen y tienen los mismos sentimientos que nosotros [...] Yo no pienso que el pueblo de Nueva Escocia desee la anexión a Estados Unidos, pero ¿por qué deberíamos empujarlo, contra sus intereses e inclinaciones, a una unión con Canadá, con el que no tiene medios naturales de comunicación, ni tampoco simpatía?”⁵

La guerra de secesión estadounidense contribuyó a crear conciencia sobre la necesidad de una unión más estrecha entre las colonias británicas de América del Norte, que temían verse involucradas en los conflictos internos de su vecino sureño. El triunfo de los nordistas agudizó tales temores: como el Reino Unido apoyó sin disimulo a los perdidosos estados sureños, era posible que la máquina militar yanqui se lanzara contra las muy británicas provincias del Norte.⁶

A principios de 1865 el Congreso estadounidense decidió cancelar el Tratado de Reciprocidad, lo que, aunado a los problemas financieros que para Londres significaba el mantenimiento de tropas fuertes en las provincias norteamericanas, contribuyó a que éstas se percataran de que estaba llegando la hora de seguir su propio camino.

En 1864 la provincia de Canadá (unido) pidió sumarse a una conferencia de las provincias marítimas (Isla Príncipe Eduardo, Nueva Escocia y Nueva Brunswick) para elaborar un proyecto de unión regional. Los delegados canadienses propusieron que ésta fuera más amplia, conforme al principio federal. En la segunda conferencia (que incluyó también a Terranova) se aprobaron las Resoluciones de Quebec, que sentaron las bases para la confederación.⁷

Tras arduas luchas políticas en las provincias, el Parlamento Imperial expidió en 1867 el Acta de la América Británica del Norte, que creó el Dominio de Canadá como una confederación de provincias, con capital en Ottawa. La nueva entidad política adquirió un gobierno autónomo en prácticamente todos sus asuntos internos. Quedaron confederadas la antigua provincia de Canadá (simultáneamente rebautizada y dividida en Ontario y Quebec), Nueva Brunswick y Nueva Escocia, que quedarían ligadas por un ferrocarril intercolonial; la Isla Príncipe Eduardo y Terranova rehusaron incorporarse a la confederación. El Dominio de Canadá nació formalmente el 1 de julio de 1867.

5. Citado por Donald Creighton, *op. cit.*, p. 301.

6. De hecho, la Hermandad Feniana –integrada por inmigrantes republicanos irlandeses, con base en Estados Unidos–, lanzó algunas incursiones armadas contra Canadá entre 1866 y 1871.

7. En Canadá el término confederación no tiene el significado usual de unión entre varios estados independientes, con un gobierno central débil. En realidad, hubo al principio la idea (proveniente de los anglohablantes) de contar con un gobierno federal fuerte, que con el tiempo se ha ido debilitando en favor, claramente, de las provincias.

Los ferrocarriles tuvieron enorme importancia en la construcción del nuevo país. No sólo comunicaron el inmenso territorio y abrieron a los inmigrantes el camino a las tierras occidentales; también fueron elemento de negociación entre el gobierno federal y las provincias que posteriormente se incorporaron a la confederación. Desde el principio, Nueva Brunswick y Nueva Escocia pidieron, y obtuvieron, el ferrocarril intercolonial. Columbia Británica ingresó a la confederación en 1871 conforme a unos términos que, entre otras cosas, incluían la construcción de un ferrocarril intercontinental. La Isla Príncipe Eduardo se incorporó en 1873 con las promesas de que se mantendrían comunicaciones continuas con tierra firme, se completaría el ferrocarril que con dificultades se estaba construyendo y se comprarían las tierras a sus propietarios privados (los de 67 lotes en que se dividió la isla en 1767). Terranova entró en la confederación apenas en 1949, con la condición de que el gobierno federal se hiciera cargo de su deficitario ferrocarril. En tierras hasta entonces pertenecientes a la Compañía de la Bahía de Hudson, en 1870 se creó Manitoba, en parte como consecuencia de una rebelión de los *métis* (mestizos de habla francesa que poblaban de antiguo la región); Alberta y Saskatchewan surgieron en 1905.

¿Fue la confederación un acto de independencia? No necesariamente, según Ramsay Cook, quien cita varios puntos de vista vigentes en 1867.⁸ Para los federalistas imperiales, la confederación “marcaba un avance hacia la meta mayor de una federación imperial y ofrecía un ejemplo de la organización que podría aplicarse a las partes constituyentes del imperio [británico]”. En cambio, los continentalistas sostenían que “la confederación era un orden constitucional totalmente antinatural. Dado que [...] los determinantes geográficos de América del Norte corrían a lo largo del eje norte-sur y que los canadienses y los americanos [*sic*] tenían tanto en común, el futuro prometía la unión política de todos los pueblos anglohablantes de América del Norte.” Según Cook, “el pueblo canadiense y sus políticos mostraron poco interés en estos planes de largo plazo y se ocuparon de cosas más prosaicas como el comercio, las tarifas y la inmigración...”

Medio siglo más tarde, “el fracaso del ideal de la federación imperial –un fracaso evidente hacia finales de la gran guerra– y el gradual predominio de la idea de que Canadá debía alcanzar plena autonomía dentro del Imperio-Commonwealth, se acompañaron de una revisión del significado de la confederación [...] El tema central de la nueva versión fue el gradual ensanchamiento, de precedente en precedente, del autogobierno canadiense.” Esta última es, por cierto, la concepción oficial y ampliamente compartida en el actual Canadá: un país que poco a poco, más con actos silenciosos que con declaraciones rimbombantes, se hizo netamente independiente del Reino Unido.

Continúa Cook: “Pero aun durante este predominio liberal-na-

8. Ramsay Cook, “Introduction”, en varios autores, *Confederation*, University of Toronto, 1967, pp. vii-xi.

cionalista, otro grupo de estudiosos empezaba a plantear otra idea de la historia canadiense [...] En parte como reacción al marcado acento político de sus predecesores y contemporáneos, y muy influenciado por estudios en geografía e historia económica, Harold Adam Innis aportó una concepción nueva y desafiante de la experiencia canadiense. Donde los historiadores liberal-nacionalistas habían considerado la dependencia del Reino Unido como limitadora y colonial, Innis argumentaba que la fortaleza de Canadá, su supervivencia política y económica, se había construido sobre esta misma relación. En este argumento estaba implícita la consideración de que era exagerado el acento que los autonomistas pusieron en el carácter norteamericano de Canadá. De hecho este país siempre mantuvo un estrecho lazo con Europa, lo que era un natural desarrollo de las pautas geográficas y comerciales de Canadá. Innis desafiaba la todavía ampliamente aceptada idea [...] de que las líneas geográficas naturales de Norteamérica corrían norte-sur; la historia del comercio de mercancías, basado en el sistema fluvial del San Lorenzo, mostraba con claridad que el eje natural del continente era, de hecho, el este-oeste. La confederación, entonces, fue una estructura constitucional construida sobre una base geopolítica natural.”

Por su lado, los francohablantes deseaban la confederación en la medida en que permitiese un federalismo entendido como pacto entre provincias, o incluso entre dos pueblos fundadores, lo que, al tener como consecuencia política un gobierno federal relativamente débil, facilitaba su supervivencia como un pueblo y una cultura distintos. Esta concepción del federalismo fue fuertemente rebatida por los voceros de la mayoría de habla inglesa; en palabras de un destacado historiador de este origen, “el nuevo Canadá no fue resultado de un pacto o tratado entre provincias libres y autónomas; fue creación del Parlamento Imperial...”⁹

Así, para la mayoría de habla inglesa de entonces, en especial los liberales, la confederación fue una tragedia porque su carácter centralizado amenazaba la supervivencia separada del Canadá francés. Aceptaron en definitiva la confederación sólo porque representaba un paso hacia la independencia del Reino Unido. Hacia 1920 el abate Lionel Groulx presentó un nuevo enfoque: la confederación fue útil para evitar que el país fuera absorbido por Estados Unidos y ayudó al avance de Canadá hacia su libertad respecto del Reino Unido. Pero fracasó en proveer garantías adecuadas a las minorías francocanadienses que vivían fuera de Quebec. Groulx estaba convencido de que “la confederación estaba en un estado avanzado de desintegración y que un Quebec independiente surgiría en algún momento”.

John A. Macdonald, uno de los “padres de la confederación” y primer jefe de gobierno de Canadá, hombre práctico más interesado en construir una nación que en teorizar sobre ello, expuso su punto de vista en los siguientes términos:

9. Donald Creighton, *op. cit.*, p. 307.

“Si el pueblo de la América del Norte británica, luego de cuidadosa deliberación, hubiera establecido que cortar los lazos [con el Reino Unido] era de su interés y ventajoso [...] estoy seguro de que Su Majestad y el Parlamento Imperial hubieran aprobado tal separación.” Pero “no hubo ni siquiera una sugerencia de que [tal cosa] pudiera interesar a las colonias [...] Había un sentimiento unánime de que era preferible correr todos los riesgos de una guerra [con Estados Unidos] antes que perder tal vinculación.”¹⁰

Sean cuales fueren las interpretaciones, lo cierto es que, a partir de 1867, Ottawa fue adquiriendo gradualmente mayor autonomía de Londres en un proceso silencioso del que destacan los siguientes momentos:

- 1885 y 1899: Canadá se resiste a enviar tropas a guerras coloniales inglesas y a participar en una marina imperial.
- 1909: Canadá crea su propio Departamento de Relaciones Exteriores (Foreign Affairs).
- Al finalizar la primera guerra mundial, Canadá firma los Tratados de Versalles como una potencia distinta y se convierte en miembro de pleno derecho de la Liga de las Naciones.
- 1926: La Conferencia Imperial reconoce a Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Sudáfrica y el Estado Libre de Irlanda, como “comunidades autónomas, de ninguna manera subordinadas al Reino Unido en ningún aspecto de sus asuntos internos o externos”.
- 1927: Canadá nombra su primer embajador en Washington.
- 1931: El Estatuto de Westminster transforma los dominios británicos en una laxa asociación de reinos independientes con un mismo soberano: la Commonwealth (Mancomunidad Británica de Naciones).
- 1939: Canadá entra en la segunda guerra mundial como Estado soberano, y al finalizar el conflicto se convierte en uno de los países fundadores de las Naciones Unidas.
- 1947: Se aprueba la Ley de Ciudadanía. Hasta ese momento, los canadienses eran considerados súbditos británicos nacidos –o naturalizados, en el caso de los inmigrantes– en Canadá.
- 1965: Se adopta la bandera de la hoja de arce, que reemplaza la de la marina británica usada hasta entonces.
- 1982: Se *repatria* la Constitución.¹¹

10. Eugene A. Forsey, *The Political System*, External Affairs and International Trade Canada, Ottawa, 1989, p. 12.

11. Para un recuento detallado véase Government of Canada, *The Constitution and You*, Publications Canada, 1982, pp. 26-32.

La Constitución de 1867 y su repatriación en 1982

Los tres principios centrales del sistema de gobierno canadiense han sido: monarquía constitucional, sistema parlamentario y federalismo.¹² En ese entorno, las provincias han ido adquiriendo cada vez más poder político y mayores recursos económicos, a punto tal que hoy suele hablarse de “los once gobiernos” (el federal más los diez provinciales).

Al crearse la confederación de 1867 no hubo muchas discusiones sobre la forma de gobierno. Resultaba razonable continuar con el sistema parlamentario de inspiración británica, que había funcionado en casi todo el centro y el este del país por más de 20 años. Por otro lado, la realidad canadiense exigía unir comunidades pequeñas y escasamente pobladas, dispersas a lo largo de inmensas distancias y divididas por profundas diferencias en materia de intereses económicos, idioma, religión, derecho y educación. Todo ello parecía imponer un nuevo rasgo al sistema de gobierno: el federalismo.

Los “padres de la confederación” (en especial los de origen francés) insistieron mucho en mantener la identidad, la cultura y las instituciones tradicionales de cada una de las provincias. Con el federalismo, Quebec se libraba de la implícita amenaza que una mayoría protestante de origen inglés constituía para su idioma, su legislación civil afrancesada y su sistema de enseñanza basado en la Iglesia católica. Ontario (como el Alto Canadá en 1791) lograba el autogobierno, sin verse entremezclado con la que consideraba una fastidiosa población francohablante que en su mayoría quedaría en Quebec, fuera de sus fronteras. Nueva Escocia y Nueva Brunswick, que hasta ese momento habían tenido muy pocas relaciones con Ontario y Quebec, se sentían a salvo de ser absorbidas o anexadas por las provincias mayores.

El núcleo de la Constitución fue una ley del Parlamento Imperial: el Acta de la América del Norte Británica. Londres la aprobó a petición de los “padres de la confederación” y fue elaborada por canadienses sin mayor intervención británica, excepto en lo referente al nombre oficial del nuevo país. Los canadienses quisieron denominarlo *Reino de Canadá*, título que los británicos pidieron se cambiase. Finalmente se adoptó el de Dominio de Canadá (tomado del Salmo 72) que, sin implicar la idea de autonomía o independencia, permitía “dar dignidad” a la unión de las provincias y era en sí mismo “un tributo al principio monárquico”.

El Acta de 1867 establecía un sistema de gobierno con “una Constitución similar en principio a la del Reino Unido”; creaba el Parlamento federal; depositaba el Poder Ejecutivo en manos de la Reina; delimitaba la relación entre los poderes federales y

provinciales, y establecía un *modus vivendi* entre los dos lenguajes del país y entre las diversas religiones.

Curiosamente, la Constitución no decía (y aún no dice) una sola palabra sobre el gobierno responsable, el gabinete, el primer ministro, la administración pública, los partidos políticos, etc. El cargo de primer ministro no aparece en la Constitución escrita de Canadá, como tampoco existe en el Reino Unido (donde, por añadidura, ni siquiera se cuenta con un documento o ley que pueda llamarse constitución. Hay un conjunto no bien definido de viejas leyes, precedentes legales y tradiciones, que se remontan a 1215).

El Acta de 1867 tampoco contenía un procedimiento para su enmienda o reforma. En las doce ocasiones en que fue necesario hacerle cambios, Canadá debió acudir ante el Parlamento británico para pedirle su aprobación. La última enmienda fue el Acta de Canadá (Canada Act), aprobada en 1982. Ésta reformaba la Constitución, disponía que en lo futuro sus enmiendas deberían realizarse en Canadá y que cesaba el poder del Parlamento británico de legislar para este país.

En sí misma, el Acta de 1982 no es una nueva constitución. De hecho, establece que “la Constitución de Canadá” incluye un conjunto de leyes del Reino Unido y del propio Canadá, entre las cuales destacan el Acta de 1867 y el Estatuto de Westminster. Pese a su declarada continuidad con instrumentos legales anteriores, el Acta de 1982 establece importantes cambios y adiciones para mantener el delicado equilibrio idiomático, político y financiero entre las provincias, entre éstas y el gobierno federal y entre los grupos étnicos y lingüísticos. Destacan los relativos a fórmulas de enmienda, la Carta de Derechos y Libertades y las estipulaciones sobre grupos étnicos y recursos naturales.

El Parlamento federal debe aprobar primero las enmiendas o reformas, que luego han de notificarse a las legislaturas de un número variable de provincias, según la materia de que traten. Las fundamentales requieren la ratificación unánime de las provincias, lo que da a cada una de ellas derecho de veto. Otras deben ratificarlas al menos siete de las provincias que contengan la mitad de la población, lo que da derecho de veto a Ontario, a Quebec y a cualquier grupo de cuatro provincias (como las marítimas o las del oeste). Las que atañen a una o pocas provincias sólo deben ratificarlas éstas. Finalmente sólo el Parlamento puede aprobar otras reformas menores.

La Carta de Derechos y Libertades establece derechos usuales en otras constituciones (tal vez protegidos más rigurosamente) y algunos específicos de la realidad canadiense, como los relativos a idiomas oficiales y a la educación de las minorías lingüísticas, “sujetos todos ellos a límites razonables [y] justificables en una sociedad libre y democrática”. Tiene también una cláusula “no obstante”, según la cual una provincia puede aprobar una ley que contravenga las disposiciones de la Carta, por un máximo de cinco años (renovables). Con ella se pretende

12. Para mayores datos véase Eugene Forsey, *op. cit.*; Government of Canada, *op. cit.*, y *The Charter of Rights and Freedoms. A Guide for Canadians*, Publications Canada, Ottawa, 1982.

facilitar la aceptación de la Carta y de la entera Constitución por parte de las provincias, al brindarles un escape temporal para algunas disposiciones (en particular las idiomáticas) que puedan considerar lesivas a sus propios intereses.

La Carta consagra el inglés y el francés como lenguas oficiales en todas las instituciones federales y en las de Nueva Brunswick (la antigua Acadia, donde cerca de un tercio de la población es de habla francesa) y confirma las garantías preexistentes para el inglés en Quebec y el francés en Manitoba. Además, los padres podrán hacer educar a sus hijos en inglés o francés, en cualquier provincia de Canadá, siempre que el número de niños lo justifique.

Para disgusto de los francocanadienses, la Constitución de 1982 amplía la tradicional concepción de Canadá como un país bicultural; establece que las garantías otorgadas a los idiomas inglés y francés no abrogan o derogan otros derechos o privilegios legales o consuetudinarios de cualquier otro lenguaje (como por ejemplo los de los indígenas y los inuit o esquimales) y que la Carta debe interpretarse "de manera consistente con la preservación y el fortalecimiento de la herencia multicultural de Canadá". El Acta reconoce en especial los derechos de los aborígenes y los tratados con ellos celebrados en siglos anteriores.

Otros cambios importantes dan a las provincias un mayor control sobre sus recursos naturales: petróleo, aguas minerales, bosques y energía hidroeléctrica. Cabe destacar que el Acta de 1982 contiene una sección sobre las disparidades regionales y su equilibrio: tanto las instituciones federales como las provincias "están comprometidas a promover iguales oportunidades para el bienestar de los canadienses y proveer servicios públicos esenciales de razonable calidad para todos los canadienses". Además, "están comprometidas con el principio de realizar pagos de equilibrio para asegurar que los gobiernos provinciales tengan ingresos suficientes para proveer niveles razonablemente comparables entre servicios públicos e impuestos".

Cómo funciona el sistema político

No todas las instituciones, y ni siquiera las políticamente más importantes, figuran en la Constitución escrita (lo cual tiene mucho que ver con la tradición inglesa de la *common law* o derecho consuetudinario no codificado). De hecho, la Carta Magna se refiere principalmente a lo que algunos autores llaman órganos honoríficos del sistema, y deja para la tradición y la legislación secundaria lo relativo a los órganos efectivos. Entre los primeros se cuentan la Reina, el gobernador general, los tenientes gobernadores y el Senado. Entre los últimos, la Cámara de los Comunes, el gabinete (o gobierno) y el primer ministro.

La Reina (que además lo es del Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda, Granada, Bahamas y otros países de la Commonwealth) es formalmente la jefa de Estado (mientras que el pri-

mer ministro es el jefe de gobierno). Todo acto de gobierno se realiza en su nombre y el gobernador general, su representante, ejerce sus poderes (desde 1952 es siempre un ciudadano canadiense). Éste lo designa la Reina por consejo del primer ministro. El cargo de gobernador general dura cinco años (a veces un poco más) y ejerce sus poderes siguiendo el consejo del gabinete (Consejo de Ministros), el cual debe tener el apoyo mayoritario de la Cámara de los Comunes.

En cada provincia hay un teniente gobernador, con atribuciones similares a las del gobernador general. En ambos casos sus poderes, al igual que los de la Reina, son más formales que reales. Sólo se espera de ellos una intervención activa cuando no se logra formar un gabinete con la confianza del Parlamento, en cuyo caso pueden decidir si convocan o no a nuevas elecciones o a quién encomiendan la formación de un gobierno. En el plano federal esto no sucede desde 1926.

Sin funciones efectivas y sin siquiera residir en el país —al que visita muy esporádicamente—, la Reina simboliza cosas muy importantes para los canadienses (por lo menos para los anglohablantes): la continuidad de un lazo filial con el Reino Unido, pese a la independencia lograda por el país en los hechos; la unidad nacional, más allá de divisiones y banderías políticas, provinciales o religiosas, y una comunidad de origen —y tal vez de destino— con las demás naciones de la Commonwealth (aunque no todas son monarquías). En cambio, entre los francohablantes hay la sensación de que la monarquía es un indeseable cordón umbilical con el Reino Unido.

El Parlamento se divide en dos cámaras. El Senado, cuenta con 104 miembros designados por el gobernador general a propuesta del primer ministro, siguiendo una fórmula de representación provincial. Duran en sus cargos hasta los 75 años de edad. Del mismo modo que la hereditaria Cámara de los Lores inglesa, el Senado canadiense ha ido perdiendo todo poder real, pues en casi 50 años no ha rechazado ninguna ley aprobada por la Cámara de los Comunes; sólo ha hecho modificaciones de forma o aclaratorias. En los últimos años el Senado se ha distinguido por sus labores de investigación de los problemas públicos, mediante sus distintas comisiones. Existe un debate sobre la reforma del Senado: algunos (en particular los voceros del oeste) sostienen que debe transformarse en un cuerpo electivo y con representación igual para todas las provincias; otros abogan por su desaparición lisa y llana (cualquier reforma al Senado debería contar, como se vio, con la aprobación unánime de todas las provincias).

La Cámara de los Comunes, la otra rama del Parlamento, es la que tiene poder real y constituye la base del sistema político: de ella surgen el gabinete y el primer ministro. Sus miembros son elegidos por períodos máximos de cinco años, que por lo general no completan, aunque pueden ser reelegidos en forma indefinida. Quien obtiene el mayor número de votos en cada una de las 295 circunscripciones electorales del país es enviado al Par-

lamento. La cantidad de circunscripciones de cada provincia depende de su población.

El líder del partido (o coalición de partidos) que obtiene la mayoría de bancas debe formar el gobierno a pedido del gobernador general (o por el teniente gobernador, si se trata de una provincia). Dicho líder asume el cargo de primer ministro, escoge al resto de los ministros (usualmente unos 35) y los hace ratificar por el gobernador o teniente gobernador. Los ministros deben ser miembros del Parlamento, de preferencia de la Cámara de los Comunes (algunos pocos pueden provenir del Senado). Si algún ministro designado no lo fuera se pide la renuncia a algún parlamentario y se llama a una elección extraordinaria, en la que el ministro es el candidato del oficialismo en la circunscripción del renunciante.

Si el gabinete pierde la mayoría en la Cámara de los Comunes (lo que se evidencia con una "moción de censura" presentada y ganada por la oposición o con un "voto de confianza" solicitado y perdido por el gabinete), entonces hay dos opciones: *i*) el gabinete renuncia y la nueva mayoría parlamentaria forma un nuevo gobierno; *ii*) el primer ministro pide al gobernador general que disuelva el Parlamento y se llame a nuevas elecciones; esto es, que se remita la disputa gabinete-Parlamento al voto popular.

En las últimas décadas el equilibrio político depende no tanto de las relaciones gabinete-Parlamento, sino más bien del constante regateo entre el gobierno federal y los gobiernos provinciales, cuyo escenario lo suelen constituir las ya habituales conferencias confederación-provincias.

La cuestión de Quebec: *Maîtres chez nous!* o *Vive le Québec libre!*

La provincia de Quebec nunca estuvo a favor de repatriar la Constitución y tampoco la ha aprobado.¹³ Ello coloca a Canadá en un *impasse* cuya solución no parece cercana o sencilla. Es el curioso caso de un país donde una provincia (la más grande en territorio, la segunda en población y producción) simplemente no reconoce la Constitución vigente. Ello ha llevado desde 1980 hasta la fecha a una larga serie de negociaciones y a tres referendos (dos en Quebec y otro nacional) que no han logrado romper el punto muerto. De nuevo para explicar esta situación deben revisarse algunos elementos históricos.

Desde la guerra de los siete años los pobladores de habla francesa del actual Quebec se sintieron conquistados y sojuzgados por su sempiterno enemigo: Inglaterra. Durante los más de dos siglos transcurridos desde entonces buscaron –y lograron– pre-

servar su idioma, su cultura y su religión católica, en medio de una marea anglosajona de predominio protestante. Para ello recurrieron a diversos medios: una tasa de natalidad muy alta (que desde 1960 disminuyó abruptamente), las escuelas confesionales, el importante papel social y cultural de la Iglesia católica, el derecho civil de origen francés y un modo de vida esencialmente rural y tradicionalista. Hoy día, los habitantes de habla francesa de la provincia se consideran antes que nada *québécoises*,¹⁴ y mantienen un fuerte sentimiento autonomista-separatista respecto del Canadá de habla inglesa.

La afirmación de la identidad *québécoise* se dio a partir del gobierno provincial del liberal Jean Lesage, que llegó al poder bajo el grito de *Maîtres chez nous!* (¡en nuestra casa mandamos nosotros!). Son los años de la "revolución tranquila" (1960-1966). El Partido Liberal de Quebec se distanció del Partido Liberal nacional. Un periodista conocido por su fuerte defensa de la identidad *québécoise*, René Lévesque, fue ministro de Lesage. Se secularizó y expandió vertiginosamente el sistema educativo, en especial las universidades. Los *québécoises* comenzaron a ocupar puestos de importancia en los negocios y en la administración federal. Se creó, bajo la dirección de ingenieros de habla francesa, la poderosa corporación provincial Hydro-Québec. Se expandieron las actividades y competencia del gobierno provincial, a la vez que se estableció un sistema provincial de rentas para solventar los acrecidos gastos gubernamentales. Disminuyó el peso de la Iglesia y de los notables locales del campo y las pequeñas ciudades, en favor de Montreal y Quebec y de una cultura cosmopolita volcada hacia Estados Unidos, con el que se fortalecieron las relaciones comerciales. En general, se produjo una ola de progreso material y de renovación cultural que permitió a Quebec achicar su tradicional atraso respecto de las otras provincias y verse a sí misma como una entidad prácticamente autosuficiente.

Junto con las concretas medidas de gobierno que apuntalaron la economía y la administración pública *québécoise*, creció el sentimiento nacionalista en la provincia, donde cada vez más ciudadanos se inclinaban por la autonomía o la independencia. En 1964, la reina Isabel fue abucheada por miles de estudiantes durante una visita a Montreal. Estallaron bombas en cuarteles y buzones. El gobierno federal estableció una Comisión Real sobre Bilingüismo y Biculturalismo, atendió con deferencia las reclamaciones del gobierno provincial y trató de suavizar una situación política cada vez más tirante.

En 1966 Lesage perdió el gobierno provincial a manos de la pro conservadora Unión Nacional que, encabezada por Daniel Johnson, asumió también posiciones nacionalistas. En 1967, la

13. Una concepción interesante del problema de Quebec se encuentra en Pedro Castro Martínez, "¿Nuevo separatismo en Quebec?", *Foro Internacional*, núm. 128/129, 1992.

14. Tanto el francés *québécois* como el inglés *Québecker* podrían traducirse al español como quebequense. Dado que el *québécois* indica la intención de afirmar una diferencia, es conveniente dejar este término sin traducir y utilizar el español quebequense sólo cuando el término no tenga esta intención afirmativa.

Expo Montreal llamó la atención de todo el mundo sobre esta pujante y creciente metrópoli de habla francesa. El presidente de Francia, general Charles de Gaulle, llegó en visita oficial, ignoró a las autoridades federales, recorrió triunfalmente los 200 kilómetros que separan a las ciudades de Quebec y Montreal y el 24 de julio lanzó en esta última su famoso grito: *Vive le Québec libre!* A fines de 1967 René Levesque abandonó el Partido Liberal y fundó el Movimiento Soberanía/Asociación, que en 1968 se transformaría en el *Parti Québécois*; su programa básico es soberanía política para Quebec, dentro del marco de una asociación (eminentemente económica) con Canadá.¹⁵

En 1968 Pierre-Elliott Trudeau, un liberal de Quebec favorable a la causa de la unidad nacional, se convirtió en primer ministro de Canadá. Como uno de sus primeros actos hizo aprobar una ley que reconoce el inglés y el francés como los idiomas oficiales de Canadá, en un pie de igualdad, y establece que deben utilizarse en todas las oficinas y los servicios públicos.

En 1970 los *québécoises* votaron por una opción moderada y rechazaron la opción soberanista; los liberales de Robert Bourassa ganaron las elecciones provinciales, muy adelante del *Parti Québécois*. No obstante, crecieron las manifestaciones independentistas y buena parte de la intelectualidad y la juventud de Quebec se volcó hacia posiciones de izquierda. En octubre de ese año el clandestino Frente de Liberación de Quebec secuestró al delegado comercial inglés en Montreal y a un ministro del gobierno de Bourassa, quien pidió apoyo al gobierno federal. Trudeau aplicó la Ley de Medidas de Guerra, envió tropas a los principales puntos de Quebec y encarceló a casi 500 sospechosos. Los secuestradores ataron al ministro Pierre Laporte y fueron capturados, mientras la policía liberó finalmente al delegado británico.

Esa crisis de octubre aceleró los tiempos. En 1971 Trudeau reunió a los primeros ministros provinciales en Victoria para estudiar la posible reforma a la Constitución. La primera conferencia de este tipo entre la confederación y las provincias se hizo en 1927, y no se llegó a un acuerdo porque Quebec exigía derecho de veto sobre ulteriores enmiendas, a lo que las demás provincias siempre se habían negado. En Victoria, por presiones de Trudeau, se concedió el veto a las dos provincias centrales, y se atendieron otras numerosas reivindicaciones especiales de Quebec. Sin embargo, la opinión pública *québécoise* reaccionó con furia contra el acuerdo, que le daba mucho menos de lo que esperaba, y finalmente el compromiso de Victoria se abandonó.

En 1976 René Levesque ganó el gobierno provincial al frente del *Parti Québécois*, con la promesa de convocar a un referéndum provincial sobre la soberanía/asociación. Desarrolló una política de corte socialdemócrata y dejó pasar cuatro años para convocar en 1980 al referéndum. De éste resultó que 60% de los

habitantes de la provincia rechazaron la propuesta de negociar la soberanía/asociación (prácticamente todos los anglohablantes y casi la mitad de los que hablan francés votaron por el *no*). La posición de Levesque se debilitó, entre otras razones, por la renovada promesa de Trudeau de repatriar la Constitución y elaborar una Carta de Derechos y Libertades que garantizase a los *québécoises* su idioma y su cultura. Y también, ¿por qué no?, el temor de éstos de dar un salto en el vacío.

Trudeau aprovechó la oportunidad para forzar las cosas: una madrugada de noviembre de 1981 logró que los primeros ministros provinciales aprobaran una propuesta de reforma. La excepción fue Levesque, al que nadie pensó sacar de la cama para pedirle su opinión. Quienes creyeron que Levesque y Quebec se resignarían ante los hechos consumados equivocaron sus cálculos: Quebec se negó a aprobar el Acta Constitucional de 1982, argumentando que en ella no se reconoce suficientemente a los francohablantes su carácter de sociedad distinta y de pueblo fundador de Canadá.

Los efectos de la repatriación de la Constitución y la nueva Carta de Derechos y Libertades fueron muy distintos de los que Trudeau esperaba (afirmar la nacionalidad canadiense e integrar más a Quebec y a las restantes provincias en una unidad política). Por un lado, se presentó un intrínquilis constitucional que dio lugar a una serie de conferencias y negociaciones que más que sanar agudizaron los resquemores entre las provincias y entre éstas y el gobierno federal. Por otro, como consecuencia de las políticas "federalistas" (centralistas) de Trudeau, los *québécoises* retiraron su apoyo tradicional al Partido Liberal y se volcaron hacia su eterno rival, el Partido Conservador Progresista.

Este cambio del electorado *québécois* contribuyó en gran medida a la derrota de los liberales y al triunfo de los conservadores en las elecciones nacionales de 1984. Un año después también cambió el gobierno de Quebec, cuando los liberales provinciales de Bourassa desplazaron del poder al Parti Québécois. Mulroney, Bourassa y los demás primeros ministros provinciales volvieron a la mesa de negociaciones, de la cual surgió el Acuerdo de Lake Meech en 1987.

Este acuerdo reconocía a Quebec como una "sociedad distinta", y le permitía (como a las demás provincias) participar en la designación de los jueces de la Suprema Corte y del Senado, así como beneficiarse de compensaciones financieras si decidía no participar en programas conjuntos con el gobierno federal. En el Canadá inglés hubo quienes juzgaron excesivas estas concesiones; Terranova y Manitoba se negaron a ratificar el acuerdo y éste se derrumbó en 1990. El fracaso de Lake Meech tensó la situación: se acentuó el separatismo *québécois*, los anglohablantes se irritaron con sus connacionales de habla francesa y los indios e inuits reclamaron también autonomía y respeto a sus tradiciones y derechos.

En 1991, el gobierno quebequense de Bourassa anunció un re-

15. John Saywell, *The Rise of the Parti Québécois*, University of Toronto Press, Toronto, 1981.

feréndum provincial sobre la soberanía. Al acercarse la fecha (26 de octubre de 1992) el primer ministro Mulroney forzó el paso y convocó a los primeros ministros provinciales. En agosto de 1992 se logró el Acuerdo de Charlottetown, que daba algo a todas las provincias, atendía las principales demandas de Quebec y la reconocía como una “sociedad distinta”, otorgaba un considerable grado de autogobierno a los 750 000 indios e inuits, daba mayores poderes a las provincias en detrimento del gobierno federal, introducía un Senado electo con representación igualitaria para todas las provincias y reformaba la Cámara de los Comunes, asegurando a Quebec un mínimo de 25% de los escaños.¹⁶

Para dar más solidez al acuerdo, se llamó a un referéndum nacional que se superpuso al que Quebec organizaba. Convocados por separado, los ciudadanos de Quebec y de las otras nueve provincias dieron una bofetada a la clase política del país. Unidos por primera vez en mucho tiempo, el gobierno federal, los diez gobiernos provinciales, los tres partidos tradicionales (conservadores, liberales y neodemócratas), y el Partido Liberal de Quebec exhortaron a votar por el *sí*. Pero 55% de los ciudadanos dijo *no*. Sólo en tres de las provincias marítimas y un territorio ganó el *sí*; en Ontario la diferencia fue tan reducida que puede hablarse de un empate; en Quebec, la opinión mayoritaria se inclinó por el *no*, igual que en las provincias del oeste, donde es palpable la antipatía hacia Quebec y sus peticiones de trato especial.

Al conocerse los resultados, el primer ministro Mulroney se vio obligado a declarar que los Acuerdos de Charlottetown eran “historia”. Joe Clark, su ministro para Asuntos Constitucionales, resumió claramente la situación: “Pensábamos que después de dos décadas de fracasos, del fracaso de seis rondas de debates constitucionales, habíamos encontrado en los Acuerdos de Charlottetown un modo de resolver estos profundos problemas que dividen a Canadá, o por lo menos un modo de empezar a resolverlos. Queda claro [...] que esta solución no ha sido aceptada [por el pueblo]. Lo que no queda claro es si tenemos otra solución a nuestro alcance.”¹⁷ Por su lado, Jacques Parizeau, el sucesor de Levesque al frente del Parti Québécois y uno de los más fuertes impugnadores de Charlottetown, manifestó: “El rechazo a los Acuerdos dice lo que no queremos. La próxima vez diremos lo que queremos. Los *québécoises* son un pueblo, una nación, y muy pronto serán un país”.¹⁸

Los partidos políticos

En Canadá los partidos políticos tradicionales y predominantes son el Liberal y el Conservador, casi los únicos que han ocupado el gobierno federal: 19 veces los liberales, 14 los conserva-

16. Una explicación más amplia aparece en *Keesing's Record of World Events*, Londres, 1991-1993.

17. *Facts on File*, 1992, p. 809.

18. *Ibid.*

dores y una efímero Partido Unionista (1917). A éstos se agregó en 1961 el Nuevo Partido Democrático. En los años recientes han surgido dos agrupaciones que contienden en escala nacional, pero cuyo arraigo es esencialmente provincial o regional: el Bloc Québécois en la provincia que le da su nombre y el Partido Reformista (Reform Party) en las provincias del oeste. A fines de 1992 se fundó el sexto, el Partido Nacional.

Liberales (*grits*) y conservadores (*tories*) existían ya como partidos políticos desde antes de 1867. No es muy amplia la distancia ideológica entre ambos partidos de orientación primordialmente pragmática, lo que facilita una amplia rotación de votantes entre uno y otro. Si en su momento las dos organizaciones siguieron el modelo inglés, puede decirse que en la actualidad se aproximan más a los partidos estadounidenses, mientras que los liberales se acercan más a los demócratas y los conservadores a los republicanos.

El Partido Conservador, que en años recientes adicionó a su nombre el adjetivo Progresista, en general está vinculado a intereses empresariales. Conducidos por Brian Mulroney, primer ministro de 1984 a 1993, los conservadores abandonaron en este período su tradicional proteccionismo industrial para volcarse a una ideología de libre comercio, poniendo en marcha en 1989 un controvertido Acuerdo de Libre Comercio (ALC) con Estados Unidos y negociando otro, trilateral, que incluye a México (TLC). El fracaso de Charlottetown y la prolongada recesión económica del país desde 1988-1989 (atribuida por muchos al ALC, con su secuela de desempleo y desesperanza para una población acostumbrada a ver crecer año con año su nivel de vida) hicieron perder popularidad a Mulroney, quien en febrero de 1993 anunció anticipadamente su renuncia y fue remplazado en junio por Kim Campbell. Con la simpatía personal de la primera ministra y con la promesa de eliminar el déficit del sector público durante los próximos cinco años sin aumentar impuestos ni afectar la red de seguridad social, se espera mejorar la posición de los conservadores de cara a las elecciones nacionales de octubre. Los bastiones electorales del Partido Conservador han sido Quebec (desde 1984), Alberta y Columbia Británica, y ha logrado buenas votaciones entre la población de habla inglesa de Nueva Brunswick y sectores acomodados de Ontario, Manitoba, Nueva Escocia y Saskatchewan. Sin embargo, es posible que sus votos sean erosionados por el Partido Reformista en el oeste y por el Bloc Québécois en la provincia en que éste actúa.

El Partido Liberal suele considerarse como el más destacado impulsor de una mayor autonomía nacional y de la amplia red de seguridad social que protege a todos los canadienses, conforme a una ideología de libre mercado. Tras gobernar durante la mayor parte del siglo XX los liberales esperan retornar al poder, conducidos por el quebequense Jean Chrétien. Para ello critican la vinculación de los conservadores con las grandes empresas transnacionales y prometen mantener la red de seguridad social, reactivar la economía, combatir el desempleo y renegociar los tratados de libre comercio con México y Estados Unidos.

Luego de que en 1984 perdieran al electorado *québécois* a raíz de las políticas centralistas de Trudeau, la mayor parte de sus votantes se concentra en las provincias marítimas y en Ontario, con escasa presencia en el oeste. Los profesionales, los universitarios y los grupos inmigrantes tienden a votar por el Partido Liberal.

El Nuevo Partido Democrático (NDP), de orientación socialdemócrata y de arraigo predominantemente urbano, se apoya en los sindicatos anglohablantes, en los maestros y en los empleados públicos. Reconoce sus orígenes en el CCF (siglas en inglés de la Federación Unida de Cooperativas), un partido de orientación cooperativista/socialista fundado en Saskatchewan durante la depresión de los años treinta. La presencia del NDP en la izquierda del espectro político canadiense ha obligado a diversos gobiernos a ampliar y mejorar la red de seguridad social. Hasta el momento ha logrado ganar cuatro gobiernos provinciales: Saskatchewan, Manitoba, Columbia Británica y Ontario. El sistema de elección por mayoría simple ha minado mucho sus posibilidades de crecimiento: aunque obtiene regularmente cerca de 20% de los votos populares, nunca ha conseguido más de 14% de los escaños parlamentarios. En 1989 Audrey McLaughlin, miembro del Parlamento por el territorio del Yukón, fue elegida líder del partido. Promete reforzar la alianza con los sindicatos, mejorar la seguridad social, reformar el sistema impositivo para tasar más a las grandes empresas y las personas de ingresos elevados, crear empleos y anular los tratados de libre comercio con México y Estados Unidos. Entre los partidos de alcance nacional cabe señalar, por último, al Partido Nacional, fundado a fines de 1992 por Mel Hurtig. Con una línea nacionalista de centro-izquierda, quiere un Canadá más independiente de Estados Unidos menos sujeto a los intereses de las grandes empresas y rechaza tajantemente los acuerdos de libre comercio. Además de los citados, existen otros dos partidos que participarán en las elecciones nacionales de 1993. Responden a intereses exclusivamente regionales: el Partido Reformista y el Bloc Québécois. El primero, de orientación ultraconservadora y aparecido en 1988, contó con muy poco apoyo electoral en ese momento, excepto en Alberta, donde obtuvo 15% de los votos, y después pudo ganar una elección extraordinaria, para contar con su primer miembro del Parlamento. Su líder, Preston Manning, es hijo de un antiguo primer ministro de Alberta, perteneciente al Crédito Social, partido populista de derecha en el cual pueden reconocerse los orígenes del actual reformismo. Vinculado con iglesias fundamentalistas protestantes y defensor de los valores religiosos más tradicionales, reclama mayor autonomía para las cuatro provincias del oeste, junto con una reforma del Senado que les dé mayor peso en Ottawa.


El Bloc Québécois es una agrupación muy laxa, formada a partir de algunos miembros del Parlamento de extracción *québécois* que renunciaron al Partido Conservador —por el cual habían sido elegidos— para promover mejor la causa de su provincia. Su líder es Lucien Bouchard, que fue ministro del gabinete de Mulroney. Su intención es capturar los votos *québécoises*, lograr

una fuerte representación parlamentaria y defender los intereses de su provincia en Ottawa. No debe confundirse con el Parti Québécois, que es estrictamente provincial (no participa en elecciones nacionales) y de posiciones más radicales en cuanto a autonomía y materia social.

La elección por mayoría simple (a la usanza inglesa y estadounidense) facilita la comunicación directa y la responsabilidad de cada miembro del Parlamento con los electores de su circunscripción. Éstos saben quién es, dónde vive, en qué trabaja y cómo actúa en el Parlamento. Pero también presenta problemas, ya que tiende a sobrerrepresentar al partido mayoritario (lo que puede ser una virtud, al facilitar la formación de mayorías parlamentarias estables), y a subrepresentar a los minoritarios, que sólo obtienen representación en las circunscripciones en que logren mayoría. Así, en el hipotético caso de que un partido obtuviera 51% de los votos en todas las circunscripciones, obtendría 100% de las bancas, y los demás partidos ninguna.

¿Conclusión?

Termino de escribir este artículo unos días después de que Kim Campbell pidiera al gobernador general la disolución del Parlamento (que en noviembre de 1993 llegaría a su máximo de cinco años de vida) y la convocatoria a elecciones. Los comicios llegan en un momento en que la población se muestra escéptica ante su clase política. La magnitud de los problemas es enorme, y las decisiones difíciles de tomar. ¿Cómo reducir el déficit fiscal sin recortar los programas sociales? ¿Cómo pagar la inmensa deuda pública? ¿Cómo y cuándo se logrará una constitución aceptable para todas las provincias? ¿Permanecerá Quebec en la confederación? ¿Se logrará frenar la creciente fragmentación y las tendencias centrifugas que aquejan al país? ¿Cómo manejar la omnipresente relación con Estados Unidos?

Todo Canadá parece estar pendiente de la prensa y los televisores. Los ciudadanos se informan, acuden a distintos actos partidarios, preguntan, cuestionan y discuten; proponen soluciones a quienquiera que se preste a escucharlos. Los militantes de los diversos partidos, que meses atrás se encargaron de designar a sus candidatos para cada circunscripción, tocan las puertas o llaman por teléfono solicitando el voto ciudadano. Tranquila, serenamente, sintiendo que todos tienen algo que decir y que su voto cuenta, los canadienses se preparan para acudir a las urnas. La conclusión de este artículo la escribirán ellos.¹⁹ 

19. El 25 de octubre de 1993 terminaron nueve años consecutivos de gobierno conservador con una derrota estrepitosa: de 157 escaños que ganó en 1988 bajó a sólo dos. El Partido Liberal obtuvo 177 escaños (80 en 1988) y encabeza el gobierno su líder Jean Chretien. El Bloc Québécois y el Partido Reformista alcanzaron 54 y 52 escaños, respectivamente. El primero constituye la oposición oficial. El Nuevo Partido Democrático alcanzó 9 sitios (44 en 1988) y el Independentista uno. [Nota de Comercio Exterior.]